



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 6

CB 112 TEOLOGÍA BÍBLICA

Piñero, Antonio. "Resultados". En *Guía para entender a Pablo de Tarso: Una interpretación del pensamiento paulino*, 527-558.
Madrid: Trotta, 2018.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

IV

RESULTADOS

1. ¿QUÉ QUISO DECIR PABLO DE TARSO? Su reinterpretación de la narración bíblica y el núcleo de su teología

Hemos visto, tras leer sus cartas, que Pablo es un pensador denso, pero del que solo tenemos parte de su pensamiento. Somos conscientes de que no sabemos claramente qué es lo que el Apóstol había explicado con detenimiento a sus lectores y de que se ha perdido parte de su correspondencia, en especial cartas de respuestas de los conversos al Apóstol. Por ello Pablo no es fácilmente entendible en una primera lectura simple, rápida, aunque sus fundamentos estén en la Biblia, cuya historia básica sigue Pablo fervorosamente. Las ideas nucleares de la teología paulina son una reflexión y relectura de la historia sagrada de Israel y de sus instituciones a la luz del pensamiento judío de su época, la del Segundo Templo. La síntesis que sigue a continuación —elaborada sobre todo a partir del pensamiento paulino que se deduce de las veinte «Aclaraciones» principales— puede ayudar al lector a formarse una noción de conjunto de las ideas básicas de Pablo dispersas en sus cartas y del relato bíblico subyacente, a veces solo incoado en Pablo. El lector avisado, si sintiere que falta algo en este resumen, puede completarlo con la «Aclaración» correspondiente. El pensamiento del Apóstol ha de verse siempre a la luz de la cosmovisión paulina, la cosmovisión apocalíptica muy propia de judíos piadosos en el siglo I, el mundo de la misteriosofía y la salvación junto con la teología de la restauración de Israel al final de los tiempos, como hemos explicado en la parte II 3 de esta obra (pp. 45s).

I. Pablo parte de la existencia indudable, que no necesita demostración ni prueba alguna, de la existencia del Dios bíblico, Yahvé, que fue el

Dios del Mesías. Sus rasgos son los otorgados por la tradición judía, la cual fue perfilando y refinando a lo largo de siglos la imagen de su divinidad. Este Dios es ante todo el creador del universo (Rom 1,25). Su creación es toda ella buena, incluidos cualquier tipo de alimentos (Rom 14,14.20), como salida de sus manos (Rom 1,20). El culmen de la creación divina es el ser humano, cuyo plasmación es la primera pareja, Adán y Eva, creados a imagen y semejanza de la divinidad. Eva en segundo lugar y para complemento del varón (1 Cor 11,7). El destino de la creación es vivir en paz, alegría y felicidad como proyección de un Dios bueno y providente. Obligación de la criatura es reconocer a su creador, declararse obedientes a su poder y otorgarle alabanza, bendición y gloria, como corresponde (Rom 1,21). Pero Dios no actúa en el mundo directamente, sino a través de intermediarios, los ángeles, o bien en casos importantes, por medio de su Sabiduría, su Palabra, su Espíritu, o el Mesías.

II. Por unas circunstancias desgraciadas, Adán, el primer hombre y representante de toda la humanidad, no cumple con el programa del Creador. El pecado del paraíso rompe el propósito de la creación y dentro de ella distorsiona especialmente el comportamiento del ser humano y de su progenie. Como secuela de la transgresión de Adán existen en el mundo los dominios de la Muerte y del Pecado (Rom 7,9-11), que impiden la amistad de la criatura con su creador (Rom 5,12). El Pecado todo lo distorsiona y afecta a la creación entera (Rom 8,20). Pero ni Pablo, ni ningún judío de la época, desarrolla la noción de pecado original; piensa que en el interior de los sucesores de Adán, había dos «tendencias», la buena y la mala, y que el lapso de Adán hace predominar esta extraordinariamente, puesto que está exacerbada por el Pecado.

La consecuencia principal de esta caída nefasta es que el hombre deja de cumplir sus compromisos de criatura respecto a su Dios: cae en la peor de las faltas, la idolatría (1 Cor 10,14) y en su consecuencia, la lujuria (1 Cor 10,8). La primera consiste precisamente en la adoración de fuerzas y entidades que no son Dios, sino servidores o enemigos de este, o elementos mismos del mundo (Gál 4,3; Rom 1,25). Ello lleva consigo una corrupción absoluta de la mente y de las costumbres: el ser humano cae en toda suerte de inmoralidades y actos nefandos en contra de su propia naturaleza (Rom 1,26-31). Consecuentemente, la creación entera se contagia de esa inmoralidad idolátrica y cae, involuntariamente, en la corrupción (Rom 8,20): el universo deja de ser fiel al designio divino pretendido por su creador.

III. Pero Dios decide arreglar esta situación que va en contra de sus más íntimos deseos. Resuelve entonces establecer una alianza con una parte de la humanidad que no se ha dejado llevar por la idolatría e

inmoralidad generalizadas. Para ello escoge a un ser humano que dentro de la inmensa marea de maldades ha descubierto que solo existe un Dios, y que solo a él se debe toda adoración y respeto. Ese personaje es Abrahán (Gál 3,6; Rom 4,1-25). Dios lo pone a prueba. Siendo ya un anciano, le hace una promesa a todas luces humanamente imposible, increíble: su mujer concebirá un hijo en contra de las expectativas naturales (Gál 3,15). En ese hijo radicará la solución al problema, pues a través de él y de su progenie será Abrahán el padre de numerosa descendencia, un pueblo fiel al propósito de la creación, con lo que se enderezará el rumbo torcido de esta. Abrahán, contra toda lógica humana, hace un acto de fe y de confianza en esa divinidad, que le promete cosas inauditas, y cree en lo que ella le dice. Dios se siente agrado y la fe/confianza de Abrahán se ve premiada de inmediato con una declaración divina de su rectitud. Dios computa su fe y confianza en él como acto de justicia (Gál 3,6), declarándolo amigo suyo, lo que significa que le perdona cualquier falta pasada. Si antes, en su vida, había hecho algo malo, al punto queda borrado ante Dios.

Tras esa manifestación de fe y confianza en las promesas, Dios establece con Abrahán una alianza formal (2 Cor 3,14). Sus cláusulas lo confirman en su doble función: padre de un pueblo elegido, Israel, al que otorga una tierra, y, con el tiempo, el ser también padre de otros muchos pueblos, que retornarán al Dios verdadero desde la idolatría gracias a los buenos oficios de ese pueblo elegido. Dios concibe la alianza con Abrahán como un remedio a la falta de Adán. El corazón maligno, o mala inclinación de los seres humanos, potenciado por herencia del primer padre, será reconducido desde sus perversos impulsos a la bondad, gracias al ejemplo de Abrahán y su progenie.

La fe de Abrahán lo lleva naturalmente a ser fiel a la divinidad que le ha hecho tales promesas. Su fidelidad se demostrará cuando el mismo Dios decide ponerla a prueba ordenándole sacrificar al hijo depositario de tan brillantes esperanzas de futuro, Isaac (Rom 9,7). Abrahán se apresta a sacrificar a su hijo contra la lógica misma de la promesa divina anterior que tiene como eje a su hijo, pero una vez manifestada su fidelidad, la divinidad impide que se consume el sacrificio.

Pero la elección de la progenie de Abrahán y su fidelidad, como remedio y ejemplo para que el resto de los pueblos la imite, no funcionó. Durante siglos se desarrolla la historia del pueblo elegido, el hebreo, inmersa de igual modo en la vorágine pecadora de los otros pueblos: desgraciadamente, desde la muerte misma del patriarca, el pueblo hebreo comparte la corrupción de las naciones de su entorno (Rom 3,4.9). La situación deviene desesperada porque, a pesar de la alianza de Dios con

Abrahán, siguen sin cumplirse los fines divinos de la creación. Como consecuencia de sus errores y faltas, el pueblo hebreo llega a caer en una situación de esclavitud, y vive un cierto tiempo sometido al arbitrio despótico de los faraones, los reyes de una nación esencialmente idólatra, la egipcia (1 Cor 10,1).

IV. Dios interviene de nuevo y suscita un salvador para los hebreos en la figura de un caudillo, Moisés (Rom 5,14). Su misión será sacar al pueblo de la esclavitud y conducirlo a la tierra, donde se cumplirán las promesas hechas otrora a Abrahán. Durante el camino a la tierra prometida, la divinidad se muestra absolutamente benefactora, fiel y justa con su pueblo. Este, sin embargo, es infiel a Dios (1 Cor 10,5-11) debido a su propia naturaleza corrompida por la mala inclinación, ínsita en el corazón humano desde el lapso de Adán. La divinidad decide actuar de nuevo para poner coto a esta situación y resuelve concederle una ley (2 Cor 3,7-11) que lo ayude a comportarse como debe hacerlo con su creador. Esta ley y el Dios que la otorga deberán ser espejo y ejemplo para el resto de las naciones. La norma de vida fue dada por Dios a Moisés en el monte Sinaí, aunque no directamente, sino por medio de ángeles (Gál 3,19). Esta ley es un complemento posterior a las promesas y alianza de Dios con Abrahán, que tienen la primacía al ser cronológicamente anteriores (Gál 3,15-18). La ley otorgada a Moisés pasa a ser la constitución de Israel, pues en ella se recogen las normas que sirven como manual de comportamiento del pueblo elegido para con Dios y para con los demás humanos, ya que cubren todos los ámbitos de la vida: religioso, social y político (Rom 2,15-16). En torno a la Ley se va formando la Escritura sagrada que es la voz de Dios a su pueblo (Rom 1,2), y dentro de ella se dice algo muy importante que afecta a la función de Israel respecto al resto de las naciones del mundo: por su elección y alianza, Israel ha sido constituido por Dios como «luz de todas las naciones». Iluminados por ella, los pueblos gentiles dejarán finalmente la idolatría y volverán su rostro a Yahvé, el único Dios verdadero (1 Tes 1,9; Cor 8,4).

V. Desgraciadamente Israel no es fiel a su elección, alianza y ley. Las infracciones se repiten a lo largo de la historia del pueblo y Dios lo amonesta y lo corrige continuamente por medio de los profetas (Rom 1,2). En más de una ocasión le envía grandes castigos (Rom 3,5-6), incluso el exilio, en Babilonia, aunque acaba perdonando siempre al pueblo arrepentido porque las promesas divinas son irrevocables (Rom 11,29). El éxodo de Egipto y el exilio serán las señales prominentes de la bondad y providencia de Dios con su pueblo elegido como modelo de justicia divina (Rom 1,17) y garantía de salvación definitiva.

VI. Pasados no muchos siglos, llega la plenitud de los tiempos (Gál 4,4). Dios, que controla la historia desde la lejanía, interviene definitivamente en el mundo en el instante elegido por él desde toda la eternidad. La intervención es absolutamente necesaria para que se arregle el caos de la situación humana. Y cuando todo se arregle por medios divinos, aunque incomprensibles (1 Cor 1,18-25), será el fin: el universo entero volverá a la situación del inicio, pero sin Pecado ni Muerte (1 Cor 15,24-26). El plan de Dios consiste en enviar al mundo un mensajero especial, agente o virrey, el Mesías (Gál 4,4), por medio del cual rectificará definitivamente los males del pueblo elegido, de la humanidad y de la creación entera.

VII. El momento crucial es el tiempo de Jesús de Nazaret y, posteriormente, el que le ha tocado vivir a Saulo/Pablo (1 Cor 7,29). El Mesías, Jesús, aparece como un hombre en la tierra de Israel (Rom 1,3), pero no es admitido por su propio pueblo, el judío, que le inflige una muerte horrible, en cruz. Pero ese hecho estaba previsto por la sabiduría de Dios desde la eternidad (1 Cor 1,18-19). Gracias a la obediencia del Mesías, tan contraria a la desobediencia de Adán, al aceptar su terrible sino con la misma o superior fidelidad que Abrahán (Flp 2,8), Dios calma su ira contra la humanidad, le perdona los pecados (2 Cor 5,18-19; Rom 3,25) y dispone los medios para que potencialmente cada ser humano, ya sea del pueblo elegido o de las naciones gentiles, pueda apropiarse individualmente de los beneficios de lo sucedido en la cruz. Tras haber aceptado su sino terrenal, el Mesías es exaltado por Dios (Rom 8,34), confirmando en su situación de Hijo, otorgándole el rango de Señor divino (Flp 2,11) y ratificándolo en su menester de mesías (1 Cor 2,8; 8,6), por lo que ha de volver a la tierra a concluir su misión, clausurar la historia terrena e inaugurar su propio reino y el de Dios Padre (1 Cor 15,24-28). Pero Saulo pertenece a los judíos que han rechazado al Mesías. Aunque los seguidores del Crucificado aseguraban que Dios lo había resucitado y lo había vindicado como Hijo, Señor y Mesías, Saulo decide perseguir sañudamente a sus seguidores porque, a su parecer, rompían con las tradiciones básicas de los Padres (Gál 1,14; Flp 3,6).

VIII. Pasado un cierto tiempo, Saulo tiene una visión del Resucitado (Gál 1,16), quien lo escoge sorprendentemente para convertirlo de perseguidor en miembro del grupo por él perseguido (Gál 1,12). Dios lo ha llamado para ser esclavo y apóstol del Mesías (Rom 1,1), no solo entre sus compatriotas judíos si se terciare, sino ante todo entre los gentiles (Gál 2,7). Saulo jamás denomina «conversión» este evento, sino «llamada» a aceptar otro tipo de ideas acerca de cómo es el mesías Jesús y su obra, y a convertirse en su mensajero (Gál 1,15). Por ello cambia su nombre de Saulo, un monarca de Israel, a Paulo, el «Pequeño (esclavo/

siervo)». Pablo extiende la llamada divina a los conversos a la fe/confianza en el Mesías, y considera que esa llamada estaba predeterminada por Dios desde toda la eternidad. Dios ha decidido misteriosamente quiénes se salvarán y quiénes no (2 Cor 2,14-16; Rom 9,20).

Dios le encomienda, como a Isaías o Jeremías (Gál 1,15), una misión especial: explicar las consecuencias de la peripecia del Mesías, su muerte y resurrección/exaltación, destinadas a que se cumplan finalmente los designios divinos sobre la creación y la totalidad de las promesas a Abrahán. Para ello es preciso conducir a los gentiles (Gál 2,7-8) llamados a la fe del Mesías, y a que se injerten en el seno del pueblo elegido, Israel (Rom 11,17). Pablo ha sido destinado por Dios para facilitar ese proceso de incardinación de los gentiles en Israel, que supone su salvación aunque sin necesidad de convertirse en judíos (1 Cor 7,18.20). Habrá así un pueblo elegido, hijo natural de Abrahán, y numerosos pueblos, hijos adoptivos del patriarca (Gál 4,5; Rom 8,23). El núcleo de su mensaje, recibido por revelación divina, es denominado «evangelio», buena noticia (1 Tes 1,5), por Pablo mismo. Esta debió de ocurrir dos o tres años después de la muerte de Jesús. Desde entonces Pablo no discute, ni plantea siquiera la duda, de que el Mesías esperado por Israel es en verdad Jesús de Nazaret, de modo que su título en griego, «ungido» = *christós*, es consustancial con su persona y pasa a ser casi un nombre propio, «Jesucristo».

IX. Pablo participa de la teología judía de la «restauración de Israel» en los tiempos finales (1 Tes 4,16; Gál 4,4). Sabe que quien se salva es Israel completo (Rom 11,26), con sus doce tribus, al que Dios reunificará para el fin de la historia, más un cierto número de paganos selectos, representativos de las naciones de la tierra. Los profetas, sobre todo Isaías, habían preanunciado que, cuando llegara el fin, cierto número de gentiles habría de creer también en el Mesías de Israel. Solo Dios sabe cuántos de ellos es preciso que se conviertan al Mesías, pues ese número está predeterminado por la voluntad divina, como en general cualquier llamada para ser salvo (1 Cor 1,18; Rom 9,14-28; 11,1-6). Así se cumplirán las profecías con la parte de la promesa a Abrahán que afecta a las naciones (Gál 3,14), y para que llegue el ansiado final. De acuerdo con su revelación, a la que se añaden noticias que sobre el Mesías recibe de otros judeocristianos, de Damasco y Antioquía sobre todo, Pablo va formando su comprensión de la figura y misión del Jesús terreno, el Cristo.

A la vez, Pablo reflexiona sobre los temas vitales del judaísmo a la luz de la idea de que el Mesías ha venido ya, y de que volverá pronto desde su posición celeste al lado de Dios a completar su misión, trunca por su muerte. Como a Pablo no le interesa otra cosa que vivir su judaísmo de una manera renovada e intensa en el Mesías (Gál 2,20 y

Flp 1,21; 3,7-11), no se le puede ocurrir ni por un instante que sus reflexiones vayan ordenadas a superar el judaísmo o a fundar religión nueva alguna.

Las cuestiones más importantes, como estructuras vertebrales de su pensamiento, sobre las que medita, son: el sentido de la creación, la alianza y la elección de Israel; la verdadera naturaleza del Mesías y su misión; la función de los grupos mesiánicos en el mundo presente; la posición de Israel y su negativa en principio a aceptar al Mesías con sus consecuencias; la conversión al Mesías del número predeterminado de gentiles y su relación con Israel y sobre todo con la ley de Moisés; el fin y consumación de los tiempos y la acción de Dios y su Espíritu al respecto por medio del Mesías. Pablo repiensa, reinterpreta y redefine los conceptos teológicos implicados por estos temas fundamentales a la luz del mandato que cree haber recibido en su llamada, con la consciencia plena de que el tiempo que resta para la consumación final es muy corto (1 Cor 7,29): el paso hacia el reino de Dios ocurrirá en su propia generación.

X. Pablo reflexiona sobre el Mesías a la luz de su revelación. Es obvio para él que el pueblo israelita ha de aceptar tarde o temprano a este mesías; más bien pronto que tarde (Rom 10). De lo contrario, toda la historia bíblica, que apunta al Mesías de Israel (Rom 10,4), carecería de sentido. El Mesías es el instrumento por el que Dios lleva a buen término su alianza con el pueblo elegido y restituye a la creación su finalidad primigenia (2 Cor 5,17). Para ello Pablo repiensa la naturaleza del Mesías de Israel, primero como ser humano (*a*); segundo, como entidad divina (*b*).

a) Como hombre, el Mesías fue un varón de la estirpe de David (Rom 1,3), el receptor de la promesa divina a Abrahán, y cumplió su misión de mesías entre los judíos (Rom 15,8). Como rey de Israel, descendiente de David y Señor celestial, Jesús Cristo es también el señor verdadero del mundo (1 Cor 8,6), no el César, a quien los paganos adoran idolátricamente como un dios. Jesús trae libertad, justicia, paz y salvación, todo aquello que promete otorgar el emperador según la falaz propaganda imperial.

El Mesías, como hijo, acepta ser asesinado por los hombres (1 Cor 2,8), aunque esta muerte no fue el final. La muerte del Mesías fue en verdad la corporización de la «justicia de Dios» como fidelidad de este a la creación y a la alianza (Rom 3,21-26). Por la fidelidad y obediencia perfectas a Dios por parte del Mesías (Flp 2,8), la muerte en cruz calmó totalmente la ira divina, expió el pecado de toda la humanidad, incluido el de los judíos, de modo que restableció la amistad perdida de los humanos con su creador (2 Cor 5,18-19). La fidelidad de Dios condujo en último término a una nueva alianza y una creación nueva, que no rompen, sino que per-

feccionan las antiguas (1 Cor 11, 23-26; 2 Cor 3,6). Dios ha resuelto su indeseable situación de enemistad con su criatura predilecta, el hombre, como él había predicho, es decir, todo ocurrió «según las Escrituras». Para Pablo, esta expiación es una muerte sacrificial del Mesías similar a los sacrificios del Templo (1 Cor 5,7; 10,16-21; Rom 5,9-10). Las metáforas e imágenes sobre la muerte de Cristo indican que la expiación del Mesías se encuadra en la mentalidad usual en el ámbito mediterráneo: el sacrificio que apacigua la ira divina y se granjea su amistad.

Además de la expiación (Rom 3,25) y reconciliación (2 Cor 5,18-19; Rom 5,9-11), la muerte del Mesías cumplió otros cometidos. Significó su renuncia a actuar de inmediato como mesías, pues aceptó un retraso, a saber, no implantar de momento el reino de Dios sobre la tierra, donde habría de actuar como juez. Ello permitió que hubiera más tiempo antes del Juicio Final divino sobre Israel y la humanidad (Rom 15,1-5), y que se proporcionara la ocasión para que los gentiles se incorporaran al pueblo elegido de Dios, que se renueva de ese modo, y para que la mayoría de los judíos repensara su posición y acabara pasando de su infidelidad al Mesías —al que no reconocen— a la fidelidad a él, y no quedara excluido del nuevo pueblo y de la nueva creación, que están ya en marcha (Gál 6,15; 2 Cor 5,17).

Pero la muerte del Mesías no fue el final: Jesús resucitó. Ahora bien, no se resucitó a sí mismo, sino que fue resucitado por Dios (Rom 1,3-4); por ello está sometido y subordinado por entero a Dios Padre, su Padre (1 Cor 15,28). El Mesías es el segundo y perfecto Adán (Rom 5); el primero, carnal, desobediente e infiel, fue el causante del asentamiento en el mundo del Pecado y la Muerte; el segundo, espiritual, obediente y fiel, ha sido destinado a dar la vida, una vida nueva (1 Cor 15,45).

b) Pablo reflexiona sobre el Mesías resucitado como entidad divina. Aunque tenga en cuenta a Jesús como mesías humano (Rom 1,3-4), muestra hacia él poco interés teológico, salvo sobre su muerte y resurrección con todos sus efectos. Pablo defiende que Dios, en la época mesiánica, al final de los tiempos, actuó manifestándose hacia fuera por medio de su mesías (Rom 8,3-4), que era como una extensión de sí mismo. Incluso durante su tránsito por la tierra como humano, estaba presente en Jesús la Sabiduría divina, puesto que era ya hijo especial de Dios y el espejo en donde aquella sabiduría podía ser contemplada (1 Cor 10,4). Como resucitado y exaltado, el mero reflejo de la Sabiduría durante su vida mortal se ha convertido en realidad plena: Jesús es ahora la Sabiduría, o el Espíritu (2 Cor 3,17), aunque sin ser igual al Dios creador. Aunque es divino, está sometido a su Padre. El Mesías fue adoptado como Hijo en una suerte de apoteosis, y está en el cielo sentado o en pie junto a él. Pero este

mesías, aunque divino, está también presente en la comunidad terrestre, la cual tiene la dicha de poseer una necesaria y maravillosa comunión con él (Gál 2,20).

Probablemente, el concepto concreto del mesianismo, el que Dios hizo que se encarnase en la persona de Jesús, era preexistente (1 Cor 15,49), al igual, por ejemplo, que la Torá, la Ley, pues ambos se hallaban en la mente divina dentro de los planes sobre la humanidad, que existían antes de la creación. Ese concepto divino de mesías se encarnó concretamente en Jesús. Aunque sostenga que Jesús es el Señor (Rom 10,9), Pablo no rompe el marco del monoteísmo de Israel: afirma que solo hay un Dios, único.

En el tiempo que dure su reinado mesiánico, al final de los tiempos, Jesucristo acabará con todas las potencias que han sido adversas al plan divino: las terrenales y celestiales, ángeles malvados y demonios, arcontes superiores y espirituales, Pecado y Muerte, opuestas siempre al designio divino de restauración de la creación y de la humanidad. Una vez asentado todo, entregará Cristo su reinado al Padre. El final será como al principio: Dios sobre todas las cosas (1 Cor 15,24-28).

XI. Pablo repiensa también otros elementos básicos de la teología común del judaísmo de la época del Segundo Templo relacionados con la acción del Mesías: la desobediencia de Adán, y su *antitipo*, el segundo Adán (Rom 5,12-21; 1 Cor 15,45), es decir, la obediencia/fidelidad de Cristo al plan divino de redención y el consiguiente arreglo de la acción del primero con el sacrificio de la cruz (Flp 2,6-11); la fe mostrada por Abrahán y su posterior fidelidad; sus consecuencias, como la elección divina y la alianza con el patriarca (Rom 4); el otorgamiento de la ley divina en el Sinaí y su sentido, ya sea eterno, ya temporal o restringido (Gál 3,19; 2 Cor 3,4ss); la modificación y ampliación de esta alianza por obra del Mesías (1 Cor 11,23-26; 2 Cor 3,6), con el valor nuevo de la Ley a la luz de su interpretación por el Mesías; el significado total de la historia de Israel (Rom 9-11).

XII. En la mente de Pablo la *creación* aparece como personificada, y muestra sus deseos de participar en la renovación que trae el plan divino de redención (Rom 8,19-22). Si la historia de Israel llega finalmente a su plenitud en la época mesiánica, igual ocurre con la creación entera: conforme a su propio anhelo, será liberada de toda corrupción por la acción del Mesías. Al final de los tiempos, esta renovación se considerará con toda justicia una «creación nueva» (Gál 6,15; 2 Cor 5,17). El proceso hacia el fin de los tiempos culminará en un nuevo y real éxodo: la vuelta del exilio del mundo viejo hacia la nueva creación, el eón futuro, en el cual tendrá Israel, sin duda, una parte importante (Rom 11,11-12).

XIII. Pablo repiensa la *alianza/elección* de Israel a la luz de las promesas divinas a Abrahán (pueblo/tierra/padre de multitud de naciones). El pacto de Dios con Abrahán y su cumplimiento completo es el centro de la teología de Pablo respecto a los gentiles, que consiguen por el Mesías la filiación adoptiva de Abrahán (Gál 4,4-5; Rom 8,23). La tercera parte de la Promesa se llevará a cabo finalmente en la era mesiánica. De acuerdo con los profetas, en especial Isaías, Israel será no solo «luz de las naciones» (Is 42,6), sino que aceptará en su restauración completa a un cierto número de gentiles como representantes calificados de «todas» las naciones.

Este cambio es tan profundo que Pablo, siguiendo a Jeremías, no duda en denominarlo «nueva alianza» (1 Cor 11,25; 2 Cor 3,6), aunque no es más que una ampliación y redefinición de la antigua, en la que se confirma la elección divina de Israel por pura gracia divina más la elección de cierto número de gentiles. Ninguna elección divina se debió a méritos previos (Rom 9,12), pues Dios elige a quien quiere en acciones que parecen a menudo sorprendentes y arbitrarias (Rom 9,13). Aunque la alianza renovada en tiempos mesiánicos supone que Israel se decidirá finalmente a ser «la luz de las gentes», nunca debe pensar que esa función especial de pueblo elegido (Rom 3,12) constituye un privilegio único al final de los tiempos que lo siga segregando de las otras naciones, de modo que se sienta aislado y superior a ellas, aunque convertidas al Mesías (Rom 2,11; 3,29).

XIV. Pablo repiensa el valor de *la ley del Sinaí* en la época mesiánica, y defiende que la Ley es divina y, por tanto, buena y justa (Rom 7,12-13). Insiste en que la ley de Moisés será la base para juzgar en igualdad de condiciones tanto a judíos como gentiles en el Juicio Final (Rom 2,12-16). La Ley, como conjunto de normas, tiene dos partes. La primera, las disposiciones del Decálogo que afirman la unicidad de Dios más las que regulan el trato entre los hombres, es la parte universal y eterna (Rom 2,21-22.25-27), de obligado cumplimiento para todo ser humano, puesto que la divinidad la ha grabado en el corazón de todos los mortales. La segunda, un pequeño resto del Decálogo más otras normas precisas de buena educación para con Dios son solo para el pueblo elegido (circuncisión; leyes rituales o de pureza y alimentarias) y regulan las relaciones de este pueblo con la divinidad. Esta parte de la Ley es específica y temporal (Gál 3,23-26; 4,1-6).

a) Es específica porque, al ser de validez solo para el pueblo elegido, tiene normas que son como las murallas concretas que defienden a la nación elegida de la contaminación de las naciones idólatras y pecadoras (Gál 2,15). Por tanto, no está destinada para ser observada por quienes

no son judíos, los gentiles. La observancia de esta ley no está pensada por Dios para ingresar en la Alianza —el pueblo elegido lo es por nacimiento—, sino para mantenerse en ella.

b) Es *temporal*, ya que sus normas son como un pedagogo que conduce a un Israel niño, aún no desarrollado plenamente, hacia el Mesías, en el que alcanzará su plena madurez (Gál 3,24). Entonces se declarará por primera vez en la historia que es designio divino que los gentiles se salven en pie de igualdad con los judíos, sin necesidad de observar esa parte de la Ley y, por tanto, sin convertirse en judíos plenos (Rom 11,25.31). Antes de que viniera al mundo el Mesías, el judaísmo contemplaba una salvación —es decir, una participación en el mundo futuro— de los gentiles justos gracias a la observancia de las normas obvias de la ley eterna y universal, pero sin cumplimiento alguno de una ley específica, que ni siquiera conocían. Pero para los judíos era esta una suerte de salvación de segundo grado. La participación plena en el mundo futuro estaba reservada solo para los judíos, y para los gentiles que se hicieron totalmente judíos. Pablo sostiene que en el tiempo mesiánico se ha acabado esta distinción. Los gentiles creyentes en el Mesías tendrán como gentiles, sin observar la ley específica, una salvación plena, una participación total en el mundo futuro (1 Tes 4,17), no de segundo grado, con tal de que acepten al Mesías de Israel y cumplan sus leyes movidos por el amor (1 Cor 13,4-8).

Para los judíos que viven en la época mesiánica, el aspecto de temporalidad de parte de la Ley no se refiere a una mudanza radical de sus estatutos, que siguen siendo los mismos (circuncisión; leyes de pureza y alimentarias), sino a un cambio de la perspectiva con la que es considerada, gracias a la interpretación y validación del Mesías. De ser en apariencia un mero cumplimiento de obligaciones onerosas se transmutará en ley de la fe, de la confianza y la fidelidad interiores (Gál 5,6; Rom 3,2), promovidas por el Mesías, y se insistirá en que su observancia será impulsada por el amor (Gál 6,2; 1 Cor 13,4-8). Pasa de ser mera «letra», escrita originariamente en piedra, a ser ley del «espíritu» (Rom 8,9-10.14-16).

Pablo defiende que los judíos creyentes en Jesús Mesías no han de cambiar de estatus (1 Cor 7,17-24); la parte de la Ley que regula la vida en la Alianza sigue siendo válida para ellos. Por tanto, válida también para Pablo como judío (1 Cor 9,19-21; 2 Cor 11,22-24), ya que ella les sigue caracterizando como pueblo escogido, por lo que tienen cierta preferencia en la salvación pero, a la vez, obligaciones especiales (Rom 9,4-5). Todo esto es obvio para los judíos adultos, llamados a la fe siendo circuncisos. Sin embargo, no queda claro en Pablo, dada la inminencia del fin del mundo, si los hijos de los judíos aún en vida, nacidos en época mesiánica, han de ser circuncidados o les basta con la fe en el Mesías. Muy proba-

blemente lo primero, pues en el sistema de Pablo no pueden confundirse los pueblos, han de seguir los dos, judíos y gentiles conversos de numerosas naciones, hasta la parusía.

Para los judíos no convertidos al Mesías, la ley de Moisés en sí misma no da «la vida» (Gál 3,19; Rom 3,20), porque ha sido debilitada por la corrupción de la «carne» —los impulsos bajos y materiales de la parte inferior del ser humano— y del Pecado, que lleva a la Muerte (Gál 3,19; Rom 3,20; 5,20; 7,13.24). Desgraciadamente, dada la inclinación al pecado de Israel, los efectos de la Ley se han reducido en la práctica a señalarlo como pecador (3,20) y a espolearlo para que intente por encima de todo ser fiel a la Alianza y ser la luz de las naciones (Is 42,6). Mientras Israel siga poniendo impedimentos al cumplimiento de la totalidad de la promesa de Dios a Abrahán, y continúe sin aceptar al Mesías, será infiel a Dios (Rom 10,16-21) y permanecerá en el ámbito de esta ley, que es *de facto* un ministerio de muerte, al no haber sido validada y vivificada por el Mesías (2 Cor 3,7). Cumplido el requisito de la conversión a él, la Ley cambia de carnal a espiritual y el ministerio de muerte se muda en ministerio de vida.

Todo el pensamiento paulino en torno a la ley de Moisés, tanto para los judíos tras la venida del Mesías, como para los paganos y su salvación, gira sobre la idea básica de que la Ley cambia en época mesiánica (Gál 3,25; 4,4-5; 2 Cor 3,14-16), para mejor. El Mesías, como reflejo de la Sabiduría divina, tiene poder incluso para cambiar la Ley. Si no se acepta esta noción como charnela sobre la que gira la Ley «nueva» según Pablo, no puede entenderse su pensamiento.

XV. El eón presente, que está a punto de acabar, señala el límite temporal para crear finalmente una familia universal, única, familia de Dios, compuesta de hijos naturales y adoptivos de Abrahán, judíos y gentiles, respectivamente, que no cambian de estatus (1 Cor 7,18). Esta familia es el «pueblo de Dios» renovado. Para Pablo, quien se salva es solo y únicamente Israel, y no cualquier otra entidad. Y los hijos de Abrahán, naturales o adoptivos, son igualmente Israel. Este nuevo Israel es el «Israel de Dios» (Gál 6,16).

XVI. La incorporación de judíos y gentiles al nuevo Israel, al Israel de la alianza renovada (1 Cor 11,23-26), se hace por medio de la proclamación del evangelio, la buena noticia del Mesías. El que la acoge con fe/confianza recibe de inmediato el don del Espíritu de Dios y de su mesías (1 Tes 1,6; Gál 3,2-5); o mejor, es ese Espíritu el que está impulsando de antemano la fe/confianza que acepta la proclamación. Inmediatamente, el creyente fiel es declarado justo por Dios (Gál 3,5-9). Esta justificación lo declara libre de pecado, lo reintegra en la amistad con la divinidad, y lo hace apto para formar parte del nuevo pueblo de Dios

(Rom 3,25). Consecuentemente, se le otorga la garantía de la salvación futura. El ser declarado justo, sin embargo, no significa que no pueda caer de nuevo en el pecado (Flp 3,12). El fiel a Jesús ha de estar siempre vigilante para no volver a las redes del Pecado. El creyente en el Mesías es «a la vez justo y pecador» hasta el Juicio (1 Cor 10,5).

XVII. Al creer los gentiles en el Mesías, reciben también su «circuncisión», pero espiritual, que sustituye a la circuncisión carnal que queda solo para los judíos (Flp 3,3). La nueva circuncisión es la justificación por la fe, actuada por el poder del Espíritu dentro de la dicotomía «antes/después del Mesías», y Ley como «letra-piedra/Ley como espíritu-vida» y confirmada por el bautismo, que es el sello del Mesías. La circuncisión espiritual significa el ingreso del pagano converso en el nuevo Israel mesiánico (Gál 6,16). Cuando Pablo habla de los gentiles creyentes con una sola palabra emplea el vocablo «circuncisión», símbolo de la alianza nueva: *Nosotros somos la circuncisión* (Flp 3,3). Esta expresión retórica quiere hacer reflexionar a los judíos increyentes sobre la importancia del cambio introducido por el Mesías. La observancia del conjunto de las normas de pureza ritual y alimentarias, que constituyen la «ley carnal» de Moisés, es sustituida para los gentiles conversos por la «ley espiritual» del Mesías, o ley del amor (1 Cor 13,4-8) y de la libertad (Gál 6,2; Rom 8). El bautismo y la eucaristía son los ritos de confirmación de la entrada en el pueblo nuevo de Dios.

El *bautismo* es un acto en el que se confirma la recepción previa del Espíritu divino por el nuevo creyente cuando este acepta la proclamación del «evangelio» (1 Tes 1,6). Es el sello que indica que el bautizado ha sido justificado por la fe, no se pertenece a sí mismo, sino al cuerpo del Mesías (1 Cor 12,12-13). En el bautismo se imita la peripecia de la muerte y resurrección del Mesías: sumergirse de cuerpo entero en el agua durante segundos y dejar de respirar es un símbolo de morir con Cristo (Rom 6,4); volver a la vida al surgir del agua y respirar de nuevo es un símbolo de resucitar con Cristo. El hombre viejo se muda en nuevo. *Participar en la peripecia de Cristo*, divinidad que muere y resucita al igual que en los cultos de misterio del helenismo, significa a la postre la seguridad de resucitar con él si el nuevo creyente se mantiene fiel (Rom 6,1-5). Es la filiación divina otorgada por el Espíritu al creyente —que se une místicamente a Cristo en su peripecia de fidelidad absoluta al plan divino, significada por el bautismo— la que garantiza la salvación eterna (Gál 4,4-5; Rom 8,23). La *eucaristía*, con pan y vino, que representan mística pero realmente el cuerpo y sangre del Salvador, refuerza por ingestión simbólica del dios la unión mística con la divinidad absoluta a través de un Cristo divino (1 Cor 11,23-26).

Por tanto, este nuevo pueblo está unido íntimamente a aquel que lo ha fundado, el Mesías (Flp 1,21; Gál 2,20; 1 Cor 12,12-27; Rom 12,3-5); él representa a toda su gente, de modo que lo que es verdad para el Mesías es verdad para su pueblo; Pablo imita la vida del Mesías hasta pensar que ha sido crucificado con él, e invita a los demás a esa imitación con todas sus consecuencias (Gál 3,19). El nuevo pueblo se fundamenta en el Mesías, en la fidelidad a su ley, que es la ley del amor, de la fe y del espíritu.

XVIII. Los creyentes en Jesús Mesías, judíos y gentiles, después de una vida de tribulaciones por la imitación del Mesías en un mundo injusto (2 Cor 4,10.16-17), verán confirmado su estatus de «justos» en el Juicio Final y serán admitidos en el reino del Mesías, primero, y en el reino de Dios, definitivo, a continuación. El concepto de Jesús del reino unitario de Dios es repensado e interpretado en Pablo dividiéndolo en dos, sacándolo de la instauración en la tierra de Israel y trasladándolo al ámbito supramundano. El primer reino es «el del Mesías», que comienza tras el Juicio Final. No dice el Apóstol cuánto durará ni dónde se establecerá, ni cómo terminará, pero sin duda concluirá con una suerte de «batalla cósmica», pero espiritual, en la que el Resucitado someterá a todos los enemigos y los pondrá a sus pies. El último adversario en ser sojuzgado será la Muerte. Luego vendrá el reino de Dios, el definitivo, el paraíso final y absoluto. Acaecerá tan pronto como, dominados todos los enemigos terrestres y celestiales, el Mesías entregue todo su poder a Dios Padre (1 Cor 15, 24-28). Entonces la creación entera volverá plenamente a sus gloriosos comienzos (Rom 8,19-22) y Dios, el Dios único, será todo en todos. Según Pablo, ese reinado consistirá en estar para siempre con Dios y con su Hijo, el Señor; y será, en suma, la plenitud del querer, del conocer y del ser (1 Tes 4, 17).

XIX. Mientras tanto, y como un adelanto ahora de lo que será la bienaventuranza final, en una suerte de escatología previamente realizada —un ahora sí, pero aún no totalmente—, el Mesías resucitado y exaltado forma con el nuevo pueblo de Dios un cuerpo especial, denominado «cuerpo místico» (1 Cor 12,9-10; Rom 6,6-8). Este cuerpo es la semilla de lo que será la nueva creación (Gál 6,15; 2 Cor 5,17) posteriormente completada e impulsada por el Espíritu de Dios. Pablo tiene una mística propia respecto a «ser en Cristo» que supone la unión con una entidad divina (1 Cor 1,2; 2 Cor 5,17; Rom 6,11). Por tanto, piensa en una unión del creyente con el Resucitado y Exaltado como entidad divina junto a Dios Padre. La religiosidad del nuevo pueblo de Dios será vivir en, para y con el Mesías. Cristo, por la inhabitación del Espíritu forma una nueva personalidad en el creyente. La unión hombres redimidos/Mesías es tan indispensable como fuerte y no soporta com-

ponenda alguna. El que vive en el Mesías ha de hacerlo en exclusiva. Su vivir es Cristo (Gál 2,20). La liberación del universo creado comenzará por la materia misma de los cuerpos resucitados que se transformarán en cuerpos absolutamente renovados o «espirituales» (1 Cor 15,44).

XX. Es inimaginable que los judíos no acaben aceptando a su mesías, predicho mil veces por sus Escrituras. Aunque sean ahora infieles, increyentes, aunque se resistan a ser luz de las naciones y a formar parte de la familia única del Mesías, al final de los tiempos, muy pronto, aceptarán todos a Jesús y se salvarán todos, o al menos un resto significativo que valga por «todos» (Rom 11,26).

2. CLAVES DE INTERPRETACIÓN DE LAS CARTAS DE PABLO

Las apariencias, al leer al Apóstol apresuradamente, llevan a pensar que fue este un escritor incoherente, en especial en los temas de la ley mosaica y de la naturaleza del Mesías. Pero no es así. Puede asegurarse que Pablo es un pensador coherente dentro de su complejidad, aunque las claves de su comprensión están entre las líneas ocultas que se dan por supuestas entre él y sus primeros lectores, y en las coordenadas de los mundos, semita y helénico, en los que vive. De acuerdo con ello, pienso que las principales «claves de lectura e interpretación» de Pablo son las siguientes:

- *Pablo es un judío mesiánico*, con todos sus ingredientes escatológicos del variado mundo ideológico del Segundo Templo. Su judaísmo esencial se caracteriza por su llamada al apostolado de los gentiles en el mismo estilo que la vocación al profetismo de Jeremías e Isaías.
- Para entender cómo comprende Pablo la naturaleza del Mesías, es preciso prestar atención detallada al mundo de la apocalíptica judía de su tiempo. Pero, en cuanto a las funciones del Mesías, Pablo las reinterpreta para acomodarlas a su concepción de que no es solo mesías de los judíos sino el salvador universal.
- *El Mesías inaugura la época mesiánica que introduce cambios notables en la visión del mundo, de las Escrituras y sobre todo de la Ley*. El tiempo final acaecerá en su propia generación; el tiempo se ha acortado. La ideología paulina está condicionada por este pensamiento omnipresente del fin.
- *La religión de Pablo fue siempre el judaísmo, no una religión nueva*. Consecuentemente, Pablo no fue nunca un cristiano en el sentido de hoy día. Pero su idea de que él vivía su judaísmo «en Cristo» o «en el Mesías», permite denominarlo «cristiano» en este sentido. Debe entenderse a Pablo como un autor judío dentro del pluriforme judaísmo de la época del Segundo Templo.

- *Pablo se mantuvo toda su vida dentro de la obediencia a la ley de Moisés completa*, porque —en su opinión— todo judío circuncidado, una vez justificado por la fe/confianza en el Mesías, no debe cambiar de estado; debe seguir también dentro del marco de la alianza especial que Dios ha concluido con su pueblo. Este hecho explica la exaltación, las alabanzas y los dichos positivos respecto a la Ley en general sobre todo en Rom.

Pero el que Pablo fuera un judío observante, no significa que su *halakhá* fuera igual a la de los fariseos de Jerusalén, ni que sus connacionales judíos comprendieron o estuvieron de acuerdo con sus distinciones de la Ley y, consecuentemente, con sus doctrinas sobre la salvación plena, el grado de participación en el mundo futuro de los gentiles.

Pablo fue condenado cinco veces a ser fustigado con 39 latigazos, lo que supone que admitía tal castigo según la disciplina sinagoga, y ello indica que seguía siendo un judío observante. Como no tenemos noticia alguna de que Pablo fuera perseguido por sus concepciones sobre la naturaleza humano-divina del Mesías, debe suponerse que no generaban escándalo alguno entre los judíos y significa que fue la doctrina paulina sobre la ley mosaica la que no fue admitida por sus connacionales.

- *Pablo utiliza el mismo vocablo, nómos, para expresar «ley» en una notable variedad de sentidos y con precisiones propias*, que sus correspondientes epistolares ciertamente debían de conocer bien. Los malentendidos surgen sobre todo con gente de «fuera». El lector deberá tener siempre presente la gran distinción entre ley eterna y universal, ley específica y temporal, y sobre esta diferenciación básica, el gran principio paulino de que «la Ley cambia en época mesiánica», pues el Mesías la hace ver con una óptica y luz especiales.

- *La «nueva alianza» paulina es intrajudía*. No puede entenderse de ningún modo como «antigua y nueva alianza» en el sentido de hoy: Antiguo y Nuevo Testamento.

- *Pero Pablo es un judío helenizado*. Su pensamiento está moldeado por su lengua griega, probablemente materna, junto con el hebreo/arameo que debió de aprender de pequeño en la sinagoga. Su mensaje está conformado no por la Biblia hebrea, sino mayoritariamente por la Biblia vertida al griego. Ello condiciona su mentalidad. Su ansiosa búsqueda de gentiles para convertir al evangelio de Jesús Mesías busca sus caladeros en los potenciales conversos más fáciles de convencer. Estos son, ante todo, los «temerosos de Dios», y en segundo lugar, los «adeptos a los cultos de salvación místéricos». No se sabe que Pablo se haya interesado por proclamar el evangelio a gentes «bárbaras» fuera del ámbito del conocimiento de la lengua griega. Concepciones típicas del helenismo, de su religión y de su misteriosofía, como la adopción, la muerte vicaria, la

oposición espíritu/materia, la participación de la peripecia de una divinidad que muere y resucita, la formación de una sola entidad con ella, el cuerpo místico, están muy presentes en Pablo y no pueden obviarse, son pena de no comprenderlo totalmente.

- A pesar de personalísimas interpretaciones de la Escritura, la redefinición de los conceptos bíblicos o de la apocalíptica por Pablo *sigue las pautas del medio teológico judío helenístico en el que se desenvuelve*, pero con la idea básica de que toda la Escritura apunta al Mesías. Pablo utiliza unos esquemas de reinterpretación bíblica cuyos modelos principales son los siguientes (Del Agua, 87-96):

- Modelo de promesa (en el pasado de Israel)/cumplimiento (en el mesías Jesús: aplicación a este de textos y tradiciones mesiánicas del pasado, por ejemplo, el Siervo sufriente de Isaías);

- Modelo de inserción/sustitución (sigue la historia de la salvación, pero una alianza nueva complementa a la antigua: la pasión y muerte de Jesús es vista como la Pascua antigua: Jesús es el verdadero cordero inmolado), y

- El modelo de oposición/contraposición respecto a la ley de Moisés que es en ocasiones complementada o sustituida por el Mesías. Mejor que en Pablo, se observa en los evangelistas que siguen su teología. Así en Mc 2, cuando Jesús se muestra señor del sábado, o en las antítesis de Mt 5,21-48: Jesús por ser el Mesías tiene el poder de interpretar la Ley e incluso de cambiarla; sustituye otras interpretaciones de la Ley e instituciones judías, como en el Evangelio de Juan.

Además, la posibilidad de encontrar un *sentido alegórico profundo*, no literal, del texto bíblico está muy presente en la mente de Pablo, pues hacía unos doscientos años que este sistema de entender la Biblia se practicaba en los ambientes cultos judíos de los que él es heredero. Aunque, en definitiva, la idea de reinterpretar la tradición religiosa recibida sea consustancial con la época en que vive, la mayoría de las veces no llega a percibir Pablo que tal relectura contradice parte del pensamiento judío que él reelabora; más bien piensa que tal reelaboración le otorga su sentido genuino, a veces oculto.

La observación de la reescritura y reinterpretación de los textos sagrados en obras judías de la época del Segundo Templo ayuda a entender las reelaboraciones paulinas de ciertos pasajes de sus Escrituras, de nociones teológicas de su época y de la recta interpretación del Mesías. Pueden señalarse notables ejemplos de obras más o menos contemporáneas de Pablo que son en gran parte una reinterpretación y relectura de la tradición bíblica, a veces hasta decir, al menos aparentemente, lo contrario de lo recibido:

a) El Libro de la Sabiduría fue compuesto para releer y reinterpretar los conceptos escatológicos del Qohelet/Eclesiastés (hacia 260 a.C.).

El autor de Sabiduría creía impropio, poco oportuno o torpemente expresado, a la luz de lo que se pensaba en su época (50 a.C.-inicios del siglo I d.C.), lo que había escrito el autor anterior. Dos pasajes del Libro de la Sabiduría (2,23-3,10; 6,18) fueron explícitamente elaborados como réplica al Eclesiastés (3,21-22; 8, 15) y otros textos por el estilo de este último.

b) El *Libro de los Jubileos* (compuesto probablemente en el siglo II a.C. pero de gran vigencia en tiempos de Pablo) es una reinterpretación, complementación y reescritura del Génesis.

c) El *Libro de las parábolas de Henoc* (capítulos 37-71 de *1 Henoc*, que en mi opinión es poscristiano, pero anterior al año 70 d.C.) es una reelaboración del *Libro de los Vigilantes* (incluido también en *1 Henoc*) y en parte igualmente del libro de Daniel, de 1 Samuel 7, de varios capítulos de Isaías: 11; 42; 52-53, y de otros textos como Proverbios 8 y Eclesiástico (Ben Sira) 24.

d) El libro de la *Antigüedades bíblicas* del Pseudo Filón (anónimo, más o menos contemporáneo de Pablo) reescribe clamorosa e independientemente toda la historia bíblica. Este caso es un ejemplo, y sorprendente, de la mentalidad apocalíptica que acomoda a su tiempo las tradiciones bíblicas anteriores sin el menor reparo. He aquí los textos en columnas paralelas (habla Ana, madre de Samuel, que ha llevado a su hijo al templo de Yahvé y pronuncia una oración) de 1 Samuel 2 y su reinterpretación o relectura en el capítulo 51 de las *Antigüedades bíblicas*.

1 Sam 2,2-10:

No hay santo como Yahvé, porque nadie hay fuera de ti, ni roca como nuestro Dios. ³No multipliquéis palabras altaneras. No salga de vuestra boca la arrogancia. Dios de sabiduría es Yahvé, suyo es juzgar las acciones. ⁴El arco de los fuertes se ha quebrado, los que tambalean se ciñen de fuerza. ⁵Los hartos se contratan por pan, los hambrientos dejan su trabajo. La estéril da a luz siete veces, la de muchos hijos se marchita. ⁶Yahvé da muerte y vida, hace bajar al Sheol y retornar. ⁷Yahvé enriquece y despoja, abate y ensalza. ⁸Levanta del polvo al humilde, alza del muladar al indigente para hacerle sentar junto a los nobles, y darle en heredad trono de gloria, pues de Yahvé los pilares de la tierra y sobre ellos ha sentado el universo. ⁹Guarda los pasos de sus fieles, y los malos perecen en tinieblas (pues que no por la fuerza triunfa el hombre). ¹⁰Yahvé, ¡quebrantados sus rivales! el Altísimo truena desde el cielo. Yahvé juzga los confines de la tierra, da pujanza a su Rey, exalta el cuerno de su Ungido.

Antigüedades bíblicas del Pseudo Filón, 51,3-6:

Acudid a mi voz todas las gentes, escuchad mi palabra todos los reinos, porque se abre mi boca para hablar y mis labios deben cantar al Señor. Destilad, pechos míos; anunciad vuestro testimonio, porque se os ha mandado que amamantéis. Firme será el que se alimenta de vosotros: iluminará al pueblo con sus palabras, mostrará los preceptos a las gentes, su poder se elevará muy alto. Por eso hablaré con claridad, porque de mí surgirá el designio del Señor y todos los hombres hallarán la verdad. No os apresuréis a decir altiveces ni a lanzar por la boca insolencias; buscad complacencia en dar gloria. Cuando brote la luz, y de ella la sabiduría, no se denominarán ricos a los que poseen mucho ni llamarán madres a las que tuvieron muchos hijos. Porque la estéril se ve colmada al dar a luz y la que tuvo muchos hijos queda baldía. El Señor da muerte con justicia y da vida con misericordia. Aunque los malvados estén en este mundo, da vida a los justos cuando quiere. Encierra a los malvados en tinieblas y reserva a los justos su luz. Cuando mueran los malvados, perecerán; cuando descansen los justos, serán liberados. Así continuará el juicio de cada uno hasta que se revele el que lo frena. Habla, Ana, habla y no calles; proclama hija de Betuel, las maravillas que Dios ha hecho en ti. ¿Quién es Ana para que de ella nazca un profeta? ¿Quién es la hija de Betuel para alumbrar la luz a los pueblos? Levántate, Elcaná, y ciñe tus lomos, canta tú también los signos del Señor, pues de tu hijo profetizó Asaf en el desierto: «Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre ellos». Se ha cumplido la palabra, ha llegado la profecía. Así será hasta que den el poder a su ungido y venga la fuerza al trono de su rey. Que mi hijo permanezca a su servicio hasta que llegue la luz a este pueblo.

¿Se podría sostener acaso que el autor de las *Antigüedades* no conocía el texto hebreo, canónico o semicanónico en su época, de la oración de Ana? Creo que es imposible defenderlo, aunque se trate nada menos que de una reescritura osada de la Escritura, conforme a lo que el autor del libro de las *Antigüedades* pensaba que habría dicho Ana en su época como oportuno y conveniente. El autor no debía de albergar remordimiento alguno, y probablemente reescribió la oración de Ana porque se sentía de algún modo movido por el Espíritu a hacerlo. El Maestro de justicia obraba de igual modo al exponer cómo el Espíritu le había inspirado el sentido real de los textos sagrados en el final de los tiempos. Puede pensarse razonablemente que *mutatis mutandis* Pablo procedió de la misma manera con la tradición acerca del Jesús histórico en sus cartas y con numerosos pasajes de su Biblia, los LXX, pues sus lectores tenían otra mentalidad, había otras necesidades y los tiempos eran distintos. Dios le había manifestado que había llegado el momento oportuno; que Dios mostraba un nuevo plan para la salvación de todos en la plenitud de la historia; el Mesías estaba a punto de volver, y eran los mo-

mentos apropiados para entender con verdad y exactitud lo que Dios había querido decir en los oráculos sagrados acerca de su agente.

- *Pablo utiliza vocablos e ideas que un siglo más tarde serán una de las bases de la gnosis cristiana.* No podemos determinar si Pablo emplea vocablos de una atmósfera espiritualista de su época, teñida de platonismo vulgarizado, para contraponer su programa de salvación en torno al mesías Jesús al de los predicadores paganos, o bien si su utilización determina a los gnósticos seguidores de Jesús del siglo II que establecen su sistema sobre tales conceptos.

- *Pablo es también un profeta y un místico,* y recibió de Dios Padre y de su Hijo continuas revelaciones. La más esencial es la que cuenta al inicio de Gál en la que Dios le reveló directamente las líneas maestras del «evangelio de su Hijo». No es de extrañar que esa revelación personal contenga motivos novedosos respecto al evangelio de Jesús, que es profundamente reinterpretado por Pablo a la luz de tales revelaciones, que condicionan incluso sus interpretaciones de las Escrituras. Su modo de entenderla es propio de alguien convencido de estar movido e iluminado por el Espíritu de Dios y de Jesús. En el ámbito de la innovación, tiene Pablo semejanzas notables con el Maestro de justicia de los qumranitas.

- *No puede interpretarse a Pablo mezclándolo con la teología de los evangelistas,* aunque estos sean sus discípulos intelectuales. El caso más clamoroso y erróneo, sería interpretar la naturaleza del Mesías como estrictamente preexistente al estilo del Cuarto Evangelio.

De este conjunto de claves, que podría ampliarse, podemos deducir en general que debe tenerse cuidado cuando se trata de reducir el pensamiento de Pablo calificándolo de «puramente judío» o «esencialmente judío». Si por tales determinaciones entendemos no un judío sin más, pensando sobre todo en un habitante de Israel, sino un «judío griego», «helenizado», de la diáspora, sería correcto. Pero si se procura por cualquier motivo evitar o eliminar de su pensamiento los rasgos típicamente griegos, se acabaría con la imagen esencial del Apóstol como hombre de dos mundos complejos, volcado a conquistar adeptos para el Mesías en el ambiente del Imperio grecorromano.

3. EL ÉXITO DE LA TEOLOGÍA DE PABLO

La consolidación del modo paulino de «vivir en el Mesías»
tal como lo entendieron los sucesores de Pablo

Las claves del éxito del ideario religioso paulino pueden deducirse de su teología misma y de la actuación de Pablo. Una teología que contenía un notable apartado, en el que al tratar de la restauración de Israel

—tal como hemos expuesto en pp. 57ss— ofrecía tan notables ventajas a los gentiles para obtener la salvación, tenía a la larga su éxito asegurado. Igualmente, el modo de actuar de Pablo en su actividad misionera, intuitivamente muy acertado, condujo a la aceptación de su mensaje, naturalmente no entre los judíos, pero sí entre la gran minoría de gentes ansiosas de la salvación en el Imperio.

3.1. *La constatación del éxito*

Sabemos a ciencia cierta que en los inicios de la expansión del grupo de los que «vivían su judaísmo en el Mesías» hubo una gran variedad de interpretaciones de Jesús. Era un panorama necesariamente variado que nacía de la esencia misma de cada grupo como reinterpretación de la figura y misión de Jesús Mesías. Y cada grupo en cuestión sobrevivía si conseguía reunir un número de adeptos que formara una cierta masa crítica. Pasado un siglo de los inicios del cristianismo, un observador pagano en Asia Menor a mediados del siglo II vería entre la variedad de grupos un conjunto bastante compacto que se apiñaba en torno a una cierta «regla de fe», a unas creencias determinadas sobre cómo fue en verdad Jesús y cómo debían serlo sus seguidores. El autor que había dado la forma semidefinitiva a esta visión de la figura y misión de Jesús había sido en principio Pablo de Tarso, junto con la inestimable colaboración de sus seguidores. El observador vería que ese grupo ganaba terreno sobre los demás y que tenía un ideario que giraba en torno a la interpretación paulina de la cruz/resurrección del Mesías y la justificación por la fe en ella como inicio de la salvación.

El observador vería que había otros grupos de seguidores de Jesús que no eran paulinos, pero que dentro de su diversidad formaban como dos grandes bloques con rasgos comunes cada uno. El primero era el conjunto de los judeocristianos, que habían sobrevivido a las dos grandes catástrofes que siguieron a las dos revueltas del pueblo judío contra el Imperio, en el 70 d.C. y el 135 d.C. Los judeocristianos eran los seguidores más directos de Jesús de Nazaret, tenían sus propios evangelios, como el de los Nazarenos, de los Hebreos, de los Ebionitas o de los Doce y el de los Egipcios, y su propia teología, pero no eran muy numerosos al ser judíos, y no podían competir con el conjunto de las iglesias paulinas.

El segundo era un grupo pequeño, que se había formado sobre todo dentro de las iglesias del primer conjunto, el paulino, y que tenía una teología muy especial —mezcla de filosofía platónica, mitos y conceptos judeocristianos, tomados sobre todo del Génesis—, que creían revelada por Dios, cuyo conocimiento en sí procuraba en principio la salvación. Se creían los elegidos de la divinidad y los únicos que en verdad se iban

a salvar, pues poseían, «espíritu» —no solo alma y cuerpo— al igual que la divinidad trascendente. Como una rama colateral de este tercer grupo, el observador podría percibir también un subgrupo que se autodenominaba seguidores del Discípulo amado de Jesús y habían formado una escuela que hoy conoceríamos como de «teología johánica».

Pero si ese observador pudiera trasladarse a tiempos del concilio de Nicea (325) y sobre todo de Calcedonia (451) con sus definiciones dogmáticas sobre cómo había que entender la naturaleza de Jesús, observaría que los demás «cristianismos» habían desaparecido prácticamente: en verdad, el 99 % de lo que se discutió en esos dos concilios tenía como base la creencia de la «Gran Iglesia», cuyo núcleo duro era el pensamiento sobre Jesús de Pablo de Tarso. Así pues, al parecer, el grupo de las iglesias paulinas había vencido a las demás en toda la línea.

¿Podríamos cuantificar de algún otro modo la victoria de este grupo, su clamoroso éxito? Sí, si nos fijamos en el Nuevo Testamento, el corpus de escritos básicos del cristianismo sin más, tal como lo vemos hoy. Este corpus se fue formando lentamente a lo largo del siglo II, aunque su consolidación definitiva duraría siglos. Sin embargo, a finales del siglo II y comienzos del III estaba ya formado en lo sustancial, con algunas pequeñas variantes respecto a hoy día. Desde luego, en tiempos del concilio de Calcedonia estaba formado tal cual existe hoy entre las diversas confesiones católicas, cuyas variaciones eran consideradas heréticas. Pues bien, estimo que el Nuevo Testamento es la personificación del triunfo de la interpretación paulina de Jesús. En efecto:

- Solo son admitidos cuatro evangelios (se conservan hasta hoy unos 84), y los cuatro interpretan a Jesús, su naturaleza, su muerte y su resurrección siguiendo pautas paulinas, incluido el Evangelio de Juan. El Evangelio de Mateo muestra rasgos judeocristianos, pero era asimilable a las pautas de interpretación paulina de la muerte y resurrección de Jesús.
- De entre todos los «apóstoles» solo se han conservado cartas de Pablo; de ningún otro más, a pesar de las apariencias. Las demás cartas, que llevan los nombres de Pedro (2), Juan (3), de Santiago y Judas (1 + 1) son seudónimas, no salieron de la pluma de los «autores» a los que han sido adjudicadas.
- La «escuela paulina» consiguió colocar en el Nuevo Testamento siete cartas pseudoepígrafas (es decir, que llevan el nombre de Pablo, pero que fueron escritas en realidad por sus discípulos) por siete de los otros apóstoles, 1-2 Pedro, 1-2-3 Juan, de Judas, y una del presunto hermano de Jesús, la Epístola de Santiago. Por tanto, 14 cartas «de Pablo» por siete del resto de todos los apóstoles.

- Salvo la de Santiago y Judas, las tres cartas de Juan y las dos de Pedro aceptan también esquemas paulinos de interpretación básica de Jesús. Es curioso que las dos epístolas «de Pedro» son más paulinas en su teología que petrinas.

- El Apocalipsis es una obra *sui generis*, pero su concepción acerca de la naturaleza humano-divina del Cordero, Jesús, y visión de su muerte y resurrección como los hechos básicos de la Redención, también eran asimilables por los grupos paulinos.

- El juego con el número siete (incluidas las siete cartas a las iglesias del Apocalipsis) es sorprendente. La importancia y significado del número siete no precisa de comentario alguno. El número cuatro de los evangelios aceptados corresponde a los cuatro puntos cardinales del mundo, por tanto, tienen una proyección universal. Lo importante de este juego de números es que no es casual. Se trata de que el Nuevo Testamento a lo largo de los siglos de formación fue tutelado efectivamente por el grupo de las iglesias paulinas que impuso su numerología. Ellas —es decir, los grupos de seguidores de Jesús de las más importantes ciudades de la cristiandad en el último cuarto del siglo II— lo iniciaron y pactaron su núcleo entre sí, y lo condujeron, en Oriente y Occidente, hasta su plasmación definitiva que duraría siglos, pero que caminaría por derroteros ya señalados a finales del siglo II d.C. y comienzos del III. En una palabra, el Nuevo Testamento —que pasa hoy por ser el escrito básico *del* cristianismo— no representa la variedad de los cristianismos primitivos, sino sobre todo el cristianismo paulino: ¡un éxito clamoroso!

Aparte del Nuevo Testamento, que es una muestra objetiva del éxito, tenemos otro parámetro. Según los cálculos más fehacientes, hacia el año 311, fecha en la que se dice que el emperador Constantino publicó el «Edicto de Milán», por el cual se declaraba el cristianismo religión también permitida en el Imperio (aunque la veracidad de este dato es discutidísima, pues se duda incluso de su existencia), había —según cálculos fehacientes— unos ocho millones y medio de seguidores de Jesús, de una población total que apenas llegaba a 60 millones. Como hemos sostenido, el 95 % de esos seguidores de Jesús eran paulinos. Si partimos del dato de los Hechos de los Apóstoles, de que un mes después de la muerte de Jesús había 120 seguidores de Jesús (Hch 1,14-15) tenemos que postular un crecimiento de cerca del 40 % por década, sobre todo de los grupos paulinos. Como se sabe bien por la obra de Rodney Stark (2009) estas son cifras normales de crecimiento en el desarrollo incipiente de una secta misionera. Todo un éxito.

Y por último hoy día: según estimaciones bastante seguras, existen unas quinientas confesiones y/o denominaciones cristianas: católicas, protestantes, ortodoxas y libres. De ellas, el 99,5 % son paulinas, es decir, de-

penden esencialmente de los puntos de vista de Pablo en su comprensión global de Jesús de Nazaret. Este dato habla por sí mismo. Tampoco los demás cristianismos cuentan hoy.

3.2. *Aclaración de este clamoroso éxito*

¿Cómo se explica este clamoroso éxito? Doblemente. Por un lado,

A) Por las características peculiares de la teología paulina en el efervescente «mercado» religioso del Imperio romano del siglo I. Sin negar en absoluto la posible belleza, bondad o poder de atracción de las doctrinas cristianas, desde el punto de vista sociológico otros factores fueron más relevantes:

1. Pablo conectó con las necesidades religiosas del «mercado»;
2. Eliminó todas las barreras que impedían el éxito del producto;
3. Aprovechó las redes sociales convenientes que facilitaban la aceptación de ese producto.

Y por otro lado,

B) Por el modo de proceder de las iglesias paulinas —es decir, los inmediatos sucesores de Pablo— que cayeron en la cuenta de las necesidades organizativas para la subsistencia del grupo y pusieron los medios para formar una comunidad fuerte. Estos fueron:

1. El dominio ideológico de los fieles en un doble aspecto, o control en la interpretación de las Escrituras sagradas en busca de la unidad;
2. El control de las tradiciones comunitarias consolidando el concepto de tradición recta;
3. El control del mando y de los medios económicos: la invención de los conceptos de la sucesión apostólica y la noción de «jerarquía» dentro del grupo unido;
4. El grupo así formado ofrecía una gran «seguridad social» a las personas que se integraran en él: los más débiles del grupo quedaban protegidos: viudas, mujeres en general, huérfanos. Quien ingresaba en una comunidad cristiana resolvía muchos problemas sociales y económicos en un imperio en el que la seguridad y la asistencia brillaban por su ausencia. Puede decirse que aunque la religión que abrazaban exigía un gran cambio de mentalidad, la aceptación de un dios extraño y la práctica de una moral exigentísima, la nueva adquisición, por costosa que apareciera a ojos de los de fuera, era en realidad una ganga. Desarrollaremos brevemente estos puntos.

A) Por las características peculiares de la teología paulina

1. *Pablo de Tarso conectó con las necesidades del «mercado» religioso de su tiempo.* En el siglo I había en el Imperio romano una enorme masa de gen-

te —como ocurre siempre— más o menos indiferente en materia de religión. En un mundo con gran cantidad de dioses —de quienes se pensaba que no se preocupaban en absoluto de los hombres, pues ello les acarrearía la pérdida de su estado de felicidad— no había en verdad mucho espacio para afecto o religiosidad íntima hacia ellos. Todo lo más una suerte de trueque: *Do ut des*: «Te ofrezco sacrificios; tú me ofreces a cambio tu protección». Pero no demasiada protección, pues el estado de bienaventuranza de los dioses se vería impedido si atendieran las continuas y molestas súplicas de los mortales.

Pero junto con estas gentes, había una amplia minoría *obsesionada por la salvación*. Jamás en la historia religiosa del Imperio habían proliferado tanto las divinidades —sobre todo venidas de fuera— que ofrecían un plus a una vida que terminaba aparentemente en este mundo. A esta gente, a esta amplia minoría ansiosa de salvación fue a la que dirigió Pablo de Tarso su mensaje. Hemos insistido en que el Apóstol era un judío integral, sí, pero de la diáspora, no cerrado en Israel, un ciudadano del Imperio, que veía más allá de los estrechos límites nacionalistas de algunos judíos del siglo I. Los deseosos de la salvación eran de muchas clases, pero entre ellos destacaban dos grupos:

a) El de los «temerosos de Dios», paganos muy afectos al judaísmo y que se sentían atraídos por su monoteísmo, ética y solidaridad. Todo lo que viniera de Israel, un mesías debidamente desjudaizado y universalizado, todo lo que procediera de las Sagradas Escrituras de Israel, era muy bienvenido.

b) Los adeptos a los cultos de misterio, que estaban dispuestos a gastar enormes sumas de dinero por iniciarse en los misterios y asegurar así su salvación en el mundo futuro.

La oferta de Pablo a los «Ansiosos de la salvación» de las dos clases era muy seductora, ya que contenía todo aquello que podía considerarse atractivo. Se ofrecía lo mismo que otras religiones en el «mercado religioso» del siglo I, pero asegurando que su efectividad y seguridad eran máximas y garantizadas: vida gloriosa después de la muerte; experiencia muy reconfortante de grupo cerrado y unido: carismas espirituales, gozo de las comidas en común; consuelo y satisfacción de una devoción religiosa bien formada; una enseñanza ética y espiritual, y bien estructurada en tradiciones escriturarias como la Biblia hebrea con todo su peso, complementadas y mejoradas; una suerte de «seguridad social» interna que cuidaba de sus miembros como ninguna otra institución del mundo antiguo, etcétera.

2. *Pablo eliminó todas las barreras que impedían el éxito de su producto*. Esencialmente este punto se sintetiza en lo dicho anteriormente

sobre los diferentes sistemas de salvación que el judaísmo podía ofrecer a los gentiles. Los recordamos brevemente:

a) Los paganos debían convertirse sin más al judaísmo, es decir, debían todos hacerse judíos por medio de la circuncisión, si eran varones, y la observancia entera de la Ley.

b) Otro también tradicional, pero de mentalidad más amplia: los paganos podían salvarse de algún modo, con una salvación de segundo grado, sin que fuera necesario que se hicieran judíos totalmente; bastaba con cumplir las denominadas «leyes de Noé» basadas en la alianza que Dios había hecho con este patriarca y su descendencia (Gn 9,3-13) que regulaban la estancia de gentiles dentro de las fronteras de Israel.

c) El sistema de Pablo, según Dios le había revelado. El nuevo plan divino era, según el Apóstol, *facilitar al máximo* en la época mesiánica —la que transcurría entre la muerte del mesías Jesús y su venida como Jesús juez universal— el *que los gentiles formaran parte del Israel renovado que se iba a salvar*. Para ellos:

- Ya no era necesario circuncidarse.
- Ya no era necesario cumplir toda la ley de Moisés, incluidas las leyes de pureza ritual.
- Ya no era ni siquiera necesario cumplir las leyes de Noé por sí mismas.
- Bastaba con «circuncidarse» espiritualmente, y observar la «ley del amor» del Mesías, ciertamente con todas sus exigencias de fidelidad, tal como la había proclamado Jesús Mesías.
- Las ceremonias del *bautismo* —sumergirse en la muerte de Cristo y emerger de las aguas participando de la vida eterna como él— y de la *eucaristía* —participar del cuerpo y de la sangre de Cristo bien real o simbólicamente— hacían exactamente las mismas funciones salvadoras, con mejores resultados, que los costosos ritos de iniciación de los cultos de misterios.

3. Por último, Pablo demostró ser un hábil «mercader», pues aprovechó las redes sociales convenientes que facilitaban la aceptación de su producto. La moderna sociología (véase Rodney Stark, 2009) ha demostrado hasta la saciedad dos cosas respecto a la conversión.

– *La primera*: la conversión a una religión nueva no se logra gracias a «convincientes» predicaciones o reuniones sociales en las que se vende el producto directamente, sino por medio de las «redes sociales de conocidos». Los que se convierten son los amigos, los parientes, la gente cercana más directamente accesible y que se convence con más facilidad de que lo que se les «vende» no es una mercancía trucada, sino fiable. El primer converso de Mahoma fue su esposa Jadiya; el segundo fue su pri-

mo Alí, seguido por su sirviente Zeyd y luego su viejo amigo Abu Bakr. El 6 de abril de 1830 Joseph Smith, sus hermanos Hyrum y Samuel, y los amigos del primero Oliver Cowdery y David y Peter Whitmer fundaron la secta de los mormones. La regla de la proximidad también se aplicó a Jesús, ya que al parecer comenzó con sus amigos de Galilea encontrados dentro del grupo de Juan Bautista, estos con otros amigos y luego, finalmente, con sus hermanos y su madre.

– La *segunda*: es mucho más fácil la conversión cuando no se cambia a algo totalmente nuevo, sino a lo que complementa, mejora y sigue a lo que ya se conoce. Los mormones, de tanto éxito, por lo menos en Norteamérica, no niegan el Antiguo y el Nuevo Testamento, sino que añaden un tercero: el que el ángel Moroni reveló a Joseph Smith. Las conversiones de grandes masas al protestantismo en la América hispana se deben a que se cree que la conversión mejora la religión que ya se tiene. No hay que cambiar mucho.

Pablo siguió instintivamente estas dos reglas, mezclándolas. Con grandísima intuición, para lograr el fin de convertir a los paganos que le exigía el nuevo plan divino, se dirigió a la «red social» de estos que ya conocía bien el judaísmo y estaba naturalmente abierta a escucharlo: *a)* la «red» de los «temerosos de Dios»; *b)* la «red» de los «ansiosos de la salvación» o adeptos a los cultos del misterio del helenismo. Este era un camino de éxito seguro a la larga.

*B) La consolidación del modo paulino de «vivir en el Mesías»
tal como lo entendieron los sucesores de Pablo¹*

Hemos afirmado que existía en el siglo II un grupo fuerte, el formado por las iglesias paulinas, que me atrevería a denominar «Gran Iglesia», que fue el único que triunfó plenamente en los siglos siguientes, dejando en la cuneta de la historia a los restantes. También esto fue un gran ejercicio de «técnica empresarial religiosa». Se pulsaron los resortes convenientes y se emplearon los medios apropiados para lograr el éxito. Las iglesias paulinas fueron las que mejor cayeron en la cuenta de las necesidades organizativas para la subsistencia del grupo que se iniciaba y pusieron los medios para formar una comunidad fuerte y organizada, la única que he perdurado hasta hoy. El éxito fue sin duda rotundo. Los medios empleados fueron los siguientes:

1. Reelaboro aquí algunas ideas de mi libro *Cristianismos derrotados*, Edaf, Madrid, 2009.

1. El primero fue el *control de la interpretación de las Escrituras sagradas* en busca de la unidad, como se deduce de un pasaje del último escrito del Nuevo Testamento, compuesto hacia el 120 d.C.

Y tenemos también la palabra de los profetas, muy segura, a la cual hacéis muy bien en prestar atención como a lámpara que brilla en la oscuridad hasta que despunte el día y el lucero nazca en vuestros corazones. Mas ante todo tened presente que ninguna profecía de la Escritura está a merced de interpretaciones personales; porque ninguna profecía antigua aconteció por designio humano; hombres como eran, hablaron de parte de Dios movidos por el Espíritu Santo (2 Pe 3,16).

Obsérvese que quedan excluidas las revelaciones privadas. El consejo de la iglesia, el presbiterio, o los cargos eclesiásticos, tenían la última palabra en la aceptación de «nuevas verdades» enviadas por el Espíritu. Una iglesia del tipo montanista, regida directamente por los impulsos del Espíritu a través de profetas, no podía consolidarse de ningún modo y desde el principio fue muy mal vista por los grupos que de algún modo habían seguido la sentencia de Pablo: «Los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas, pues Dios no lo es de la confusión, sino de la paz (1 Cor 13,32-33). Y los profetas están coordinados por la jerarquía».

2. El segundo fue el *control mental de los fieles por medio de las tradiciones: consolidación del concepto de tradición recta*. El inicio de la noción de «tradición recta» se halla con toda claridad en el ámbito de los discípulos de Pablo, en donde muy pronto, a finales del siglo I, se empezó copiando y difundiendo entre las comunidades paulinas las cartas del maestro. Ello contribuyó decisivamente a fraguar el concepto de doctrina tradicional, a saber, la que el Apóstol difundía en sus cartas, tal como se interpretaban comúnmente.

El autor de la primera Epístola a Timoteo afirma que el remedio contra los males de las «herejías», opiniones diversas «elegidas» voluntariamente, no es ponerse a discutir con los herejes (6,4-5), sino presentarles el contenido de la fe, «las sanas palabras de Jesucristo y la doctrina que es conforme a la piedad» (6,3), recibida ya por *tradición* (6,20). La simple y buena presentación debe convencer a los heterodoxos. En los saludos de despedida de la carta se contiene otra idea importante en la misma línea: «Timoteo, custodia el *depósito*». Es decir, la tradición recta empieza a concretizarse y dogmatizarse: se forma un «depósito» de verdades que constituyen el contenido inamovible de la fe. Todos los miembros del grupo tienen que creer en lo que hay dentro de ese depósito; de lo contrario, serán expulsados. Esto ocurre ya muy pronto: hacia el 80/90 existe ya entre grupos importantes paulinos una noción

de la fe como «depósito». Ahora bien, quien custodia el depósito es el dirigente de la comunidad.

El Evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles, a los que toda la tradición conecta claramente con Pablo, son un testimonio de la creencia del grupo de que este depósito de la fe es de institución divina. Según Lucas, es el mismo desde el principio; no cambia y hay que conservarlo incólume dentro la Iglesia. Esto explica por qué en las Epístolas Pastorales (1 y 2 Tim, más la de Tito) y en la de Judas y segunda Carta de Pedro se rechaza a los herejes, denigrándolos y mofándose de ellos sin experimentar la necesidad de discutir a fondo su doctrina, como ya apuntamos. Simplemente se argumenta que se han apartado del depósito de la fe. También aquí, dicho de modo explícito o implícito, quien custodia el depósito es el dirigente al frente del grupo. Los fieles están perfectamente controlados en lo que deben creer.

3. El tercero fue el *control de la jefatura: la noción de jerarquía dentro del grupo*. La tradición aglutinadora tiende a afirmar rotundamente la importancia de los «cargos» eclesiásticos en la Iglesia, que cuidan de mantener esa tradición a la vez que del grupo: dirigen las reuniones litúrgicas y controlan la organización y finanzas de la comunidad.

Las Epístolas Pastorales, paulinas, no tienen necesidad alguna de ofrecer la historia precisa de la constitución de los cargos eclesiásticos dentro del grupo, sino que los presenta como algo ya normal para su funcionamiento. Sabemos que en las comunidades paulinas de los orígenes eran los maestros y profetas los que las regían, en comunicación directa con el Espíritu. Estas debían ser gobernadas según los dones espirituales (carismas) que el Espíritu repartía a su arbitrio, pero que según el proceder de Dios debían tender a la unidad del grupo (1 Cor 12,4.12-30).

Sin embargo, se observa muy poco después, en la Epístolas Pastorales, que la organización de la comunidad es muy distinta. Los paulinos, con visión pragmática, caen en la cuenta a toda prisa de que una comunidad «gobernada por el Espíritu» es en realidad ingobernable. «El Espíritu sopla por donde quiere» (Jn 3,8) y no se puede controlar. El paso, pues, de una iglesia gobernada carismática o espiritualmente —al arbitrio del impulso de visiones y profecías— a otra con cargos eclesiásticos fijos —obispos, ancianos o presbíteros, y diáconos o servidores, cargos enseguida remunerados— debió de ser algo casi espontáneo por necesidades de supervivencia organizativa, del deseo de estabilidad dentro del mundo en torno, y del control de la doctrina una vez que el grupo se iba separando netamente del judaísmo y mostraba ideas propias.

Estos cargos debían cubrir las siguientes necesidades: enseñanza, cuidado pastoral, control de la fe, dirección de los actos litúrgicos, control

de la disciplina comunitaria y servicios sociales. Los autores de las Epístolas Pastorales sitúan la generación de las normas necesarias para cubrir estos objetivos bajo el manto de la experiencia y autoridad de Pablo, es decir, se finge que las Pastorales han sido escritas por Pablo mismo. Pero al estudiarlas y compararlas con las paulinas auténticas, se observa que los cargos comunitarios son ya más institucionales y menos «carismáticos», es decir, mucho menos guiados por la espontaneidad y libertad del Espíritu. Apenas si se nombran en estas tres cartas a los profetas (1 Tim 1,18 y 4,14), las gentes del Espíritu, que tanta importancia habían tenido en el funcionamiento de las iglesias domésticas primitivas que representaban en verdad las primeras comunidades constituidas por el Apóstol. Esto quiere decir que la organización y el control del poder fáctico del grupo surgieron de modo totalmente consciente dentro de las iglesias paulinas. Al parecer tal proceso se dio solo en estas, ya que suponemos con razón, que en los grupos gnósticos no había jerarquía alguna, y en los judeocristianos existía el presbiterio, el «grupo de los ancianos», con su jefe destacado —también una buena organización—, pero que no había logrado exportar ese modelo a las iglesias paulinas, mucho más numerosas.

Las comunidades paulinas pusieron mucho cuidado en fundamentar teológicamente muy bien sus pretensiones de control. Esto se logró por medio de la idea de que el poder de los cargos eclesiásticos se basaba en que *son sucesores de los apóstoles*, y estos a su vez, de Jesús. Se generó, pues, la idea de una cadena o *sucesión apostólica*: el obispo es sucesor de los apóstoles —los primeros fueron nombrados por ellos— y los apóstoles son los sucesores natos de Jesús. En las Epístolas Pastorales, la transmisión correcta del «depósito de la fe», la recta doctrina, va unida estrechamente, aunque de modo aún implícito, a tal idea: los primeros cargos en sus respectivas iglesias, Timoteo y Tito, son sucesores de Pablo. Por medio de la imposición de las manos reciben el carisma de predicar la recta doctrina compendiada en las enseñanzas del Apóstol (1 Tim 4,14 y 2 Tim 1,6) Y así como Timoteo, Tito y otros sucedían a Pablo en el gobierno de las comunidades fundadas por este, igualmente en las demás comunidades..., que pronto tuvieron sus leyendas fundacionales en conexión directa o indirecta con algún apóstol. Por ello, los que más tarde las rigen son sucesores natos de los apóstoles.

4. El cuarto medio de cohesión y control fue estrictamente económico y social: el control de la caja de la «*seguridad social cristiana*», *sistema heredado del judaísmo*. Este último aspecto es importantísimo en la consolidación y expansión del cristianismo paulino. Escribe Tertuliano, hacia el año 210 para la iglesia del norte de África, pero dando a entender que era un uso universal:

Los fondos de las donaciones no se sacan de las iglesias y se gastan en banquetes, borracheras y comilonas, sino que van destinados a apoyar y enterrar a la gente pobre, a proveer las necesidades de niños y niñas que no tienen padres ni medios, y de ancianos confinados en sus casas, al igual que los que han sufrido un naufragio; y si sucede que hay alguno en las minas, o exilado en alguna isla, o encerrado en prisión por solo la fidelidad a la causa de la iglesia de Dios, son como infantes cuidados por los de su misma fe (*Apología*, 39).

El obispo y sus ayudantes, los presbíteros y diáconos controlaban estos dineros. Así pues, junto con el control intelectual de los fieles, se logró de inmediato —gracias a la caja de la seguridad social— el control monetario. Es interesante, por último, detenerse unos momentos en esta idea: el grupo paulino desarrolló un sistema de protección intracomunitario, una auténtica seguridad social, heredada del judaísmo, que fue la maravilla en el Imperio romano. Basta con imaginarse una imagen normal de una familia pobre-media —casi todas— en una ciudad del Imperio en la que el nivel medio de vida de un varón andaba por los treinta y cinco años. Muerto este, en el 90% de los casos la viuda con los hijos se quedaba absolutamente desamparada. Lo usual era que la mayor parte de los hijos fueran vendidos como esclavos para mantener a uno o dos.

Por el contrario, en el grupo cristiano tanto la viuda como los hijos pasaban a depender de la caja común de la beneficencia intracomunitaria y tenían la subsistencia más o menos asegurada. La protección a las familias afectaba al estatus de las mujeres en general. Mientras que las féminas paganas se casaban por lo común en matrimonios de conveniencia y se veían obligadas a consumir su matrimonio más o menos a la edad de doce/trece años, las cristianas elegían maridos, primero, y se casaban notablemente más tarde: en torno a los diecisiete o dieciocho. Igualmente, mientras que en el Imperio la exposición de niñas no deseadas para que murieran a la intemperie o como víctimas de perros, alimañas y aves de presa era lo usual, tal práctica estaba totalmente prohibida entre los seguidores de Jesús: no se exponían las niñas. Lo mismo cabe decir del aborto, infinitamente más corriente que hoy día; el número de mujeres que moría en un trance abortivo a manos de los presuntos médicos o curanderos era inmenso, como indican las fuentes; por el contrario, el aborto estaba entre los seguidores de Jesús absolutamente proscrito. En síntesis, unido al sistema de protección, el estatus y consideración de las mujeres en las iglesias de base paulina eran sustancialmente mejores que en el paganismo circundante.

La protección de las mujeres era una tradición con base paulina. A pesar de que hemos sostenido que la mujer en Pablo es una entidad secundaria respecto al varón (*Aclaración XII*, pp. 326ss), sabemos también

que en 1 Cor se permitía a las mujeres profetizar y orar en voz alta en las reuniones litúrgicas, lo cual era un logro. El paulinismo, consciente de la función que desempeñaban las mujeres en la conversión secundaria —es decir, de sus maridos, hijos y criados— permitió los matrimonios mixtos y promovió la colaboración de las mujeres en las primeras comunidades, como hemos visto en la Aclaración mencionada.

Este conjunto hacía que por muy costoso, en alienación e incomprendimientos, que pareciera el hacerse miembro del grupo cristiano, a la corta y a la larga era en extremo beneficioso, en esta vida y en la otra. Se explica así que el grupo de iglesias paulinas acabara lentamente con la competencia de los judeocristianos, de los gnósticos y de otros que no supieron organizarse tan bien para sobrevivir.